

Alfonso Bulnes

## Viejos destinos

PERO SANCHO DE HOZ



AS suertes corrientes de la época eran de apoteosis; pero la vida de Pero Sancho se consumió en un desbaratado esfuerzo, realizado en las sombras, por emerger hacia esa luz.

Sombras impenetrables esconden hasta hoy su nacimiento, su infancia y su edad viril; le entrevemos borroso, ya de soldado, tras de Francisco Pizarro en la conquista del Perú, y el primer rayo inequívoco le alumbra en ocasión de codicia, en el artero episodio del reparto del botín de Atahualpa. Le estimaban letrado, y eso le valió para hacer de Teniente de Escribano en la difícil distribución; ciento ochenta y un marco de plata y cuatro mil cuatrocientos cuarenta pesos de oro fueron la parte suya.

Se abre allí un trecho de senda luminosa: sus méritos de letrado—¿cuáles bastarían para sobresalir en el grupo de hombres de rápida acción?—aconsejaron

a Pizarro dejarle de Secretario, y la alta privanza y la destreza propia procuraron a Pero Sancho una fortuna de cincuenta mil ducados, en ricos repartimientos y pobladas encomiendas.

La fortuna ayuda a iluminar, y seguimos viéndole al dejar sus bienes a un buen recaudo en las Indias y al partir a España a constituir sobre ellos un hogar; fué allá a casarse, dicen los documentos, «con una señora de mucha suerte, llamada doña Guiomar de Aragón», pero olvidan los documentos especificar si, aparte del peculio improvisado del novio, hubo otras circunstancias personales suyas con que justificar la fama de buena suerte de esa dama con nombre tan alto de romancero.

Tal vez las hubo, y cuando vemos que las sombras se tragan de nuevo a Pero Sancho, y con él y para siempre a doña Guiomar al terminarse, en Toledo, la ceremonia nupcial, podemos tener en cuenta el principio de vieja sabiduría de que la felicidad cierta se esconde de toda mirada.

Parece, además, haber sido ese el secreto de la prolongación de su ausencia; con licencia de año y medio había partido de Indias el viajero, y obtuvo prorrogarla hasta cinco años, y el favor real le conservó por reales cédulas el goce legal de sus bienes.

Volvió de España con ínfulas acrecentadas; había agregado a su antiguo nombre de Pero Sancho la partícula de Hoz, y ofrecido a Su Majestad «armar en la Mar del Sur dos navíos y hacer de velas latinas y

de remos más navíos, si más fueren menester . . . , y proveerlos de hombres, bastimentos y aparejo». Prometió al monarca navegar con ellos por la costa de la Mar del Sur, donde tenían sus gobernaciones Pizarro, Almagro, Mendoza y Camargo, hasta el Estrecho y la tierra que está de la otra parte de él; hacerlo todo sin cargo para las arcas reales; enviar relación de la tierra y manera de ella, y pidió que, después de recibida la relación, le diese Su Majestad la Gobernación de todo lo descubierto.

Y así le fué concedido, y desde la borda de la nave que le traía buscaba en los celajes de occidente las lindes desplazables de su futuro imperio, y al tocar tierra en el Perú, se le reconocieron las preeminencias de Gobernador eventual de unas tierras que estaban por descubrirse. ¡Pobre Pero Sanchol jera el cénit de su carrera! Nunca llegó a alcanzar poderío más tangible; lo conquistó en los ocho años de su trayectoria luminosa; los otros ocho años de su tránsito terreno marcan su definitivo regreso a las sombras.

\* \* \*

Al asumir las prerrogativas de Gobernador de las tierras inciertas que Su Majestad le brindaba, se entrecruzaron sus atribuciones con la empresa en formación, también de descubrimiento y conquista, que don Francisco Pizarro tenía otorgada a un Capitán extremeño, llamado don Pedro de Valdivia. Y si no Go-

bernador por designación personal de Su Majestad, Valdivia estaba ya próximo a salir a ejercitar su título de Teniente de Gobernador de Pizarro, otorgado con no inferior legalidad.

No eran grandes, como decía de los suyos Pero Sancho los recursos económicos de Valdivia, pero su ascendiente de Capitán intrépido en muchos campos de pelea agrupó hombres y elementos en torno de él en tanto que los navíos eventuales de Pero Sancho surcaban todavía los mares de la imaginación. Para no perder las tierras ambicionadas había, pues, que apoderarse de la empresa del extremeño.

Se produjo entonces un curioso fenómeno de óptica, al dejar visible Pero Sancho aquello que no le convenía ocultar: su título del soberano y el favor de la real persona; pero el ser de carne y hueso desapareció en las tinieblas necesarias a su intento de despojo.

Terció Pizarro en la incidencia obscura, y «en la sala de su comer» trajo a las partes a avenimiento: ambas empresas serían una sola compañía, y socios de ella Valdivia y Pero Sancho. Valdivia podía partir si le placía, y en el término de cuatro meses Pero Sancho le alcanzaría con cincuenta caballos, con dos navíos cargados de las cosas necesarias, y con doscientos pares de coracinas. Y nada se habló de jefatura.

\* \* \*

Partió Valdivia a Chile, corrieron los cuatro meses, siguiéronle otros más, y ni asomos de navíos, ni

de hombres ni coracinas, ni tan siquiera un leve rumor de Pero Sancho. ¡Pobre señor del imperio sin lindes! Acribillado ahora de deudas, ajenas y anteriores a la pactada compañía, había caído a la cárcel.

Al fin, salido en libertad provisional, tolerada por los acreedores para que rehiciese en la empresa de descubrimiento su quebrantada situación, apareció una noche Pero Sancho en el campamento del socio Valdivia. Si alguien, a esas horas inusitadas, hubiese tendido la vista por la llanura, habría podido ver, a la luz cristalina de los astros en la alta meseta de Atacama, el cauteloso grupo que se acercaba, y anunciar la llegada de Pero Sancho, acompañado de Juan de Guzmán, de Antonio de Ulloa, de Alonso de Chinchilla y de Diego López de Avalos. Pero nadie velaba, las carpas cubrían el sueño confiado de la guarnición.

El toldo de Valdivia estaba también «a oscuras, sin candelas»; el Capitán andaba ausente. Tauteando el lecho, dió Pero Sancho con formas de mujer. Siguióse un vocerío, tras del cual, y como si nada ocurriera, cenaron los visitantes, servidos con fingida hospitalidad por doña Inés de Suárez.

Había escogido Pero Sancho una extraña manera de cumplir su contrato de compañía y de satisfacer la confianza de los acreedores, y tan pronto como Valdivia empuñó la situación, tocóle ver alzarse las horcas destinadas a los tres más connotados compañeros. Echóse Pero Sancho, con gobernación real y todo, a

las plantas del Teniente de Gobernador de Pizarro, y así vió desmontarse las horcas y a sus tres compañeros perderse tras del arco de la lejanía, camino del Perú, mientras a él le dejaban con grillos en los pies. Allí mismo firmó, ante escribano, la disolución de la compañía por falta de cumplimiento de su parte, y abdicó de sus provisiones reales.

¿Y qué sería de doña Guiomar? ¿Velaría todavía en alta torre, expiando el instante en que los celajes de occidente simularan la corona imperial de sus sueños? ¿O la virtud de la buena suerte prendida a su nombre había restituído ya su frágil carne al polvo original?

\* \* \*

Un año más tarde asomó por otra rendija la luz en la obscuridad de Pero Sancho: Valdivia había sufrido reveses, reinaba el desaliento por la carencia de recursos, del Perú no llegaba un eco, y la indiada se aprestaba al levantamiento general del país; los descontentos rodearon a Pero Sancho, y volvió a planearse, ahora en Santiago, el asesinato de Valdivia. Pero esta vez las horcas soportaron el peso de los cuerpos que ascendían allá arriba, pudieron ver los vecinos los rostros de Martín Ortuño, de Antonio de Pastrana y de Bartolomé Márquez, y vieron rodar de un hachazo la cabeza de don Martín de Solier. Pero Sancho volvió a sus grillos y a sus sombras.

\* \* \*

Pasaron sobre él otros seis años oscuros, hasta vérsese de nuevo en las andadas: fingiéndose enfermo grave, mandó llamar a su casa, para disposiciones urgentes, al Gobernador; algunos amigos de Valdivia dieron a éste el alerta.

—¡Anda!, replicó Valdivia, que Pero Sancho es buen hombre, ya me «ha hecho dos ¿y otra me había de hacer? Si eso fuera así, yo le castigaría».

Acompañaron a Valdivia en la visita, y la trama falló, y esta vez Pero Sancho salió relegado a Talagante.

\* \* \*

Las suertes corrientes de la época eran de apoteosis, a veces como remate de intrincada adversidad, y el 8 de diciembre de 1547, creyó Pero Sancho ver asomar su aurora. Partido Valdivia al Perú con feas apariencias de usurpación de riquezas, el vecindario de la ciudad capital se amotinó contra él y contra don Francisco de Villagra, su Teniente de Gobernador. Pero Sancho fué la enseña oculta de la rebelión, y nunca estuvieron las cosas tan a punto para cuajarle en esplendor.

No obstante, Villagra dominó la revuelta, y sorprendida por él una carta de Pero Sancho que demostraba sus fines, hizo rodar por la eternidad la cabeza del conspirador.

\* \* \*

—«¿Por qué estáis triste?, había preguntado un día Alonso de Chinchilla a Pero Sancho, cuando juntos tramaban en el Perú un primer intento de asesinato del Capitán extremeño

—«Tengo songonana» (triste el corazón), respondió Pero Sancho delatando sus ambiciosas cavilaciones.

Y al que repasa su vida le deja su dolencia Pero Sancho.